

A Alfred Sebastian Kessler

Querido Alfred Sebastian: Hoy recibí con alegría y ánimo la noticia de tu nacimiento. En seguida te he enviado una reconfortante bendición con mis manos esposadas y ya que no sé si te veré en vida, te quiero escribir esta carta pero tampoco sé si no te llegará nunca.

Has escogido un tiempo difícil para el comienzo de tu vida. Pero no importa. Un buen hombre sale adelante con todo. Tienes unos buenos padres que te enseñarán cómo se agarran y se dominan los asuntos.

Te has dejado poner dos buenos nombres...Pequeño y querido ahijado te quiero recordar que en tus nombres se esconde un alto deber, se llevan estos nombres digna y respetablemente, tú tienes que llegar a ser valeroso y tenaz y firme cuando tus nombres se hagan realidad en tu vida.

Tampoco quisiera añadir, querido, a tus nombres una carga, una herencia. Tú también llevas mi nombre. Y yo quisiera que comprendieras lo que yo he querido si no nos podemos conocer en esta vida; éste fue el sentido que di a mi vida, mejor, el que le fue dado: acrecentar la alabanza y la adoración de Dios; ayudar a que los seres humanos viviesen según el orden de Dios en la libertad de Dios y pudieran ser personas. Quise y quiero ayudar a encontrar un remedio para la gran necesidad en la que nosotros, los hombres, hemos caído y en la que hemos perdido el derecho a ser personas. Sólo el que adora, el que ama, el que vive según el orden de Dios, es persona y es libre y es capaz de poder subsistir. Con esto te he dicho algo de lo que te deseo en cuanto a razón, tarea y misión.

Querido Alfred Sebastian es mucho lo que un ser humano tiene que hacer en su vida. Carne y sangre solas no lo llevan a cabo. Si yo ahora estuviera en Munich te bautizaría en estos días, es decir: te haría partícipe de la dignidad divina a la que somos llamados. El amor de Dios, una vez en nosotros, nos ennoblece y nos transforma. Nosotros somos de ahora en adelante más que personas porque la fuerza de Dios está a nuestra disposición; Dios mismo con-vive nuestra vida, esto debe permanecer así e ir cada vez a más, niño. De esto depende también si un ser humano tiene o no un valor definitivo y si llegará a ser un hombre valioso.

Yo vivo aquí en una montaña muy alta Alfred Sebastian. Lo que se llama vida está abajo muy lejos, en una negrura confusa y enredada. Aquí arriba se dan cita la soledad divina

y la humana para un serio diálogo. Hay que tener ojos limpidos, sino aquí no se soporta la luz. Hay que tener buenos pulmones, sino no se cobra aliento más. Hay que estar libre de vértigo, capaz de la altura solitaria, estrecha, sino se despeña uno y se convierte en una víctima de la insignificancia y de la malicia.

Éstos son mis deseos para tu vida, Alfred Sebastian: Ojos limpidos, buenos pulmones y la capacidad de alcanzar y resistir la altura libre. Esto se lo deseo no sólo a tu cuerpo y a tu desarrollo y destino externo, sino que se lo deseo mucho más a lo más íntimo de ti mismo, que vivas tu vida con Dios como un ser humano en la adoración, en el amor y en el servicio libre.

Que Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te bendiga y te guíe,

*Tu tío y padrino
Alfred Delp, S.J.*

Esto lo he escrito con mis manos esposadas; no te lego estas manos encadenadas; pero la libertad, que lleva a las esposas y en ellas permanece fiel a sí misma, te sea regalada más hermosa, más suave y más segura.